

# Una nueva teoría del lenguaje para repensar las humanidades\*

DIÓGENES CÉSPEDES

La hipótesis invariable de mis proyectos de investigación, siguiendo un trabajo comenzado por Henri Meschonnic desde la poética en 1970, es la siguiente: Quienquiera que sea que opine acerca del lenguaje o la lengua fundado en la metafísica del signo o que teorice acerca de la relación del lenguaje con la historia, lo social, el sujeto, el Estado, el discurso, la ideología, el poema y la traducción, dice siempre lo que sabe, pero no sabe lo que dice.

A pesar de que en la cultura-sociedad dominicana está documentada desde 1985 una nueva teoría del lenguaje y el signo<sup>1</sup> sin la cual no existe la posibilidad de pensar con novedad los discursos acerca de las disciplinas humanísticas, nuestros intelectuales (lingüistas, filólogos, gramáticos, historiadores, filósofos, sociólogos, psicólogos, pedagogos, antropólogos, psiquiatras, psicoanalistas, teólogos, politólogos, etc.), cada vez que aluden explícita o implícitamente al lenguaje, la lengua o el signo, siguen reproduciendo las mismas ideas anteriores a Ferdinand de Saussure.

\*Ponencia Congreso sobre las Humanidades, Facultad de Humanidades de la UASD, octubre de 2010.

<sup>1</sup>En el ensayo «El lenguaje, el poder», de Henri Meschonnic, publicado en la revista *Cuadernos de Poética*, año II núm. 6 de 1985 aparece por primera vez en la cultura dominicana una nueva teoría del lenguaje y el signo que sepulta las teorías anteriores a Saussure, las cuales sobrevivieron desde los presocráticos hasta la publicación del *Curso de lingüística general* del eminente lingüista ginebrino, quien, con su teoría de que el signo lingüístico es radicalmente arbitrario y radicalmente histórico, permitió la teorización tanto de Benveniste como de Meschonnic, quienes completan a Saussure. Aparece, además, un largo ensayo de Meschonnic titulado «El marxismo excluido del lenguaje», publicado en *Cuadernos de Poética* 7 (1985) y 8 (1986), donde el autor critica el instrumentalismo lingüístico en algunos discursos humanísticos, como el de los lingüísticos, los historiadores, los sociólogos y los filósofos.

¿Qué ha sucedido? A pesar de que en algunas de las prácticas sociales enumeradas en el párrafo anterior, sus oficiantes han estudiado, por estar incluidas en el currículo, las asignaturas Lingüística General y Análisis del Discurso, todavía constato que en los discursos que producen estos profesionales acerca de su disciplina, las ideas sobre el lenguaje y el signo que patrocinan son las del sentido común y el empirismo que van desde el lenguaje concebido como un instrumento hasta la noción que lo teoriza como mentira, engaño, incapacidad de comunicación, máscara o, peor, aquella que lo dota de poderes milagrosos o subjetivos, sin olvidar la célebres disquisiciones que lo identifican con una esencia divina, propia de las mitologías china, india, japonesa, caldea, persa, sumeria, egipcia, griega y hebrea.

¿Qué hacer para transformar estas percepciones ahistóricas y esencialistas, sin valor ni poder de conocimiento nuevo con respecto al lenguaje, el signo, el discurso, la literatura, el poema, el sujeto, la historia, el Estado, el traducir?

En primer lugar, con la vieja teoría del signo anterior a Saussure no es posible, a riesgo de que el discurso que lo haga se sumerja en la dehistoricización de la relación dialéctica que une la teoría del lenguaje a la del signo, la lengua, el discurso y la ideología y esta a la teoría de la historia, del Estado, del sujeto, del poema, de la literatura y del traducir. Pero esta relación dialéctica es inseparable de la práctica de la lingüística, la historia, la filosofía, la sociología, la psicología, el psicoanálisis, la política y la antropología como discursos, para indicar solamente algunas de las disciplinas propias de las humanidades.

Y estas disciplinas propias de las humanidades, al ser prácticas discursivas, se debilitan y su poder con respecto al objeto de conocimiento que les es propio, también se debilita si no produce, primero, su teoría del lenguaje y el signo que transforme la que la rige en la actualidad (la metafísica del signo); y segundo, si no construye su propia epistemología, la cual debe delimitar y definir su campo de aplicación y el control de sus propios conceptos.

¿Cómo se define esa teoría metafísica del signo que arropa y debilita el poder de conocimiento del objeto de estudio de las prácticas humanísticas enunciadas más arriba?

Meschonnic (artículo citado, p.10), la define así: «En esta teoría, el signo es un representante: *aliquid stat pro aliquo*, redecía Román Jakobson. Ese signo se compone de dos partes: un elemento portador de sentido y que no tiene sentido en sí mismo, el significante, escamoteable y escamoteado: y un elemento esencial, el significado o el sentido, que la práctica común de la comunicación identifica con el signo: la parte por el todo. Ese signo es la ausencia de la cosa. Puede, además, circular perfectamente suponiendo la ausencia o el olvido del significante. Lo cual confirman tanto algunos aspectos del discurso de la filosofía como, recientemente, el olvido de la traducción en la semiótica literaria».

Cualquier humanista que crea, en su práctica oral o escrita, que el signo es un representante del objeto o cosa que designa, incapacita el poder de conocimiento de su discurso o de su oficio con respecto al objeto de estudio que como tarea tiene ante sí. Y esta incapacidad se manifestará a través de toda su práctica discursiva de principio a fin, ya sea consciente o inconscientemente, como vacío de un saber.

Entonces, a la noción primera de ausencia entre la cosa y el significante, le agregará, inconscientemente, la segunda ausencia, la cual consiste en una oposición entre el lenguaje y la vida, la cual se ilustró con la oposición que realizaba Feuerbach entre «el pan real, inefable, y el *vocablo pan*». (Art. cit., *ibíd.*)

¿A cuáles confusiones conduce al humanista el creer en esta doble ausencia? Por la vía de la dramatización de la «conciencia del crimen» que le agregó Hegel a dicha doble ausencia, nuestro humanista, sin saberlo, producirá en su práctica y su discurso una «dramatización del signo», la cual se extenderá a su práctica como «primado de la lengua sobre el discurso», donde el sujeto y el discurso son un empleo de los signos (art. cit., p.11). Si su práctica es la literatura, construirá, por ejemplo, una obra literaria como empleo de los signos, es decir, un poema, novela, pieza de teatro o narrativa como signos únicamente. Esta producción de tales obras conlleva, obligatoriamente, la concepción de la lengua «como un sistema de circulación de signos» y una concepción del lenguaje y el texto literario únicamente como comunicación, ya que los signos sirven para comunicar. Pero ambas concepciones implican también

encarar al sujeto como «la criatura de las relaciones instrumentales de los signos entre sí». (Art. cit., *ibíd.*)

¿Cuáles implicaciones tiene para nuestra práctica humanística la doble metáfora de «el lenguaje del poder y el poder del lenguaje» y la teoría instrumental de lenguaje o la lengua como circulación de signos entre sí? Aparte de lo ya dicho acerca del sujeto como criatura de las relaciones instrumentales de los signos entre sí, esa doble metáfora o juego de palabras es un uso semiótico, no lingüístico, de la palabra lenguaje y carece totalmente de poder de conocimiento respecto a su objeto de estudio. Teoría del nombre milagroso, esa doble metáfora semiótica da lugar a los cinco instrumentalismos, el primero de los cuales es el lingüístico (en virtud del cual «se condena al lenguaje a través de la condenación de la ideología»). Este implica a su vez el instrumentalismo lógico (Marx no pudo cambiar la dialéctica de Hegel), el social (se condena a un sujeto o grupo étnico por un defecto o una supuesta inferioridad), el artístico y literario (el arte y la literatura son pura ideología) y, finalmente, el más peligroso entre todos, el instrumentalismo político, en virtud del cual, en nombre de la razón de Estado se asesina, se persigue o se desconocen los derechos humanos, sociales, civiles e intangibles del ser humano. Este instrumentalismo es la culminación de los cuatro precedentes y busca la dominación y aplastamiento total de los sujetos.

Estos cinco instrumentalismos están redoblados por los seis paradigmas que constituyen el signo<sup>2</sup> expuestos por Meschonnic en su libro *Crisis del signo. Política del ritmo y teoría del lenguaje*, donde ratifica y amplía su lucha en contra de la teoría tradicional del signo y el lenguaje que reina en el discurso y las prácticas humanísticas y las ciencias duras.

Esos paradigmas, redoblantes de la teoría tradicional del signo son:

1. El paradigma lingüístico, definido por su autor como «el modelo del dualismo del signo, significante/significado, ambos heterogéneos entre sí».

<sup>2</sup>Santo Domingo: Ferilibro, 2000, pp.18-19.

2. El paradigma antropológico, «siempre dualista, según el modelo que opone lo muerto y lo vivo, el lenguaje y la vida, la palabra genérica abstracta y lo particular concreto».

3. El paradigma filosófico «que opone las palabras y las cosas, la naturaleza y la convención, confundida con el arbitrario del signo».

4. El paradigma teológico, «cultural pero mundializado (los otros son universales) que opone el *Antiguo Testamento* al *Nuevo Testamento* en la teología cristiana de la prefiguración como el significante al significado: el *Nuevo Testamento* tiene el sentido del *Antiguo Testamento*».

5. El paradigma social «opone el individuo y el individualismo en la sociedad»; y,

6. el paradigma político «ilustrado por *El Contrato Social* de Rousseau que opone la minoría a la mayoría de modo que la mayoría no se imponga 'por la tiranía de la mayoría' sino por la identificación simbólica con el Soberano. «Y concluye Meschonnic: «Y todo este conjunto constituye el signo. Y posee una fuerza inmensa». (p.20)

Ya antes, en 1996, había sido publicada la traducción al español de su primera obra en francés<sup>3</sup> editada por Gallimard, de París, en 1970.

¿Puede entonces alguien perteneciente al ámbito de las humanidades o de las ciencias duras ignorar esta nueva teoría del lenguaje y el signo cuyos efectos sobre la concepción de la lengua, el discurso, el sujeto y la ideología son capitales para nuestra respectiva práctica intelectual y social? ¿Cuáles son los efectos de esta ignorancia?

Los efectos pueden ser una vasta metaforización de nuestra práctica social o disciplina humanística, ya sea en las modalidades de la investigación, la docencia o la escritura y que posee escaso poder de conocimiento y coherencia sobre el objeto de estudio al cual nos enfrentamos. Esta vasta metaforización es capaz de conducirnos a la repetición consciente o inconsciente de las teorías más tradicionales de nuestra práctica intelectual y otorgarles carácter de verdades incuestionables y por cuya defensa somos, a veces, capaces de matar o de llegar a la intolerancia más peligrosa.

<sup>3</sup>Para la poética. Santo Domingo: De Colores, 1996.

Para poder acceder, hoy, a una crítica de las humanidades y de la disciplina que cada uno de nosotros practica, hay que superar la teoría tradicional del lenguaje y el signo que tiene «una fuerza enorme», según lo ha dicho arriba Meschonnic, pero que no es más que el peso muerto de la inercia y la rutina que se niega a examinar cualquier discurso nuevo que amenace con desestabilizar el mundo de creencias caducas que los sujetos arrastran sin darse cuenta, aunque por instinto de clase se dan cuenta de que asumir una teoría nueva es una peligro para la estabilidad y el prestigio social que ocupan en la sociedad y una aventura peligrosa para la sociedad, la ideología, la cultura y los intereses del orden político del cual son garantes y mantenedores.

Vistos estos cinco instrumentalismos y los seis paradigmas del signo que los recubren, ¿cómo plantear una crítica a las prácticas humanísticas y su respectivo discurso?

Justamente, en el mismo ensayo de Meschonnic ya citado, *Crisis del signo...*, hay una sección titulada «La poética como crítica del lenguaje en las humanidades» donde el autor traza un camino para obrar en consecuencia y que invito a los interesados a que lo lean y luego lo estudien detenidamente. Pero en síntesis, el autor plantea que el problema de las humanidades se remonta hoy a lo que «Horkheimer llamaba teoría crítica o teoría tradicional, en la que la teoría tradicional es regional y la teoría crítica una teoría de conjunto». (p.39)

El problema mayor de las humanidades hoy es que están formadas por una heterogeneidad de disciplinas divididas en compartimientos estancos y dentro de estas, grandes subdivisiones y especialismos, pero lo que caracteriza tanto a las divisiones, compartimientos estancos, subdivisiones y especialismos es que todos «están unidos por la misma laguna: el mismo impensado del lenguaje».

O sea, en pocas palabras, que las disciplinas humanísticas y los discursos que las teorizan no se han detenido, a través de los sujetos que las encarnan, a pensar cuál es la teoría del lenguaje y el signo con la cual se definen, dado que de tales prácticas lo único que sus practicantes nos proporcionan son discursos.

Pero la teoría del lenguaje y el signo no es privativa de quienes se consideran especialistas de la lingüística y la literatura. Tanto en las disciplinas literarias como en las no literarias dentro de las humanidades, ronda el mismo fantasma: el impensado del lenguaje y el signo. Para ambas divisiones, «el estatus del lenguaje se desdobra: se trata de discursos explícitos o implícitos sobre el lenguaje y sus actividades; y se trata además de su teorización más o menos elaborada.» (p.42) De donde se infiere que tal o cual especialista de esas disciplinas humanísticas o ciencias duras dice lo que sabe acerca del lenguaje y el signo, pero no sabe lo que dice. Y de la obra literaria: «Dice y no sabe lo que dice. Cuando es sociólogo, por ejemplo.» (*Ibid.*)

Digo en orden de importancia: cuando se es historiador, filósofo, sicólogo, siquiatra, sicoanalista, antropólogo, maestro de básica y media, catedrático, traductor, no se puede seguir hablando de lenguaje, lengua y signo con la teoría tradicional para la cual estos tres vocablos son un instrumento, una representación o un sujeto inexistente. Seguir hablando con estos términos es hacer un uso metafórico o semiótico de estos conceptos y no un uso lingüístico donde, tan mortal es el lenguaje del poder como el poder del lenguaje, según lo ha teorizado Meschonnic.

Y, para concluir, digo que la repetición de la teoría tradicional del lenguaje y el signo tiene un efecto desdialectizador para la teoría histórica del discurso, del sujeto, del poema, del Estado, de la literatura y la traducción. Esa teoría tradicional nos obliga a decir lo que sabemos, pero no sabemos lo que decimos acerca del lenguaje, la lengua, el signo, el sujeto, el Estado, la ideología, el poema y la traducción. Esta teoría tradicional es la que prima en nuestra era del conocimiento digital, del ciberespacio y del ciber mundo. Como teoría tradicional, es una productora de desconocimientos científicos en esta era del conocimiento y la información. Como teoría, no muere, porque los discursos no mueren. Pero tenemos el derecho impostergable de remplazarla, porque no posee coherencia y sus nociones no producen un conocimiento nuevo, útil para la transformación de los sujetos. Lo único que produce esta metaforización lingüística es la figura gastada de la repetición.